

Cristología de Colosenses

POR
Efraín Valverde A.

Publicado por
Western Christian Foundation, Inc.
Drawer W
Wichita Falls, Texas 76308

NOTA: Este estudio se comparte en formato digital solo para uso privado.
NO para fines comerciales. Digitalizado por www.enlogos.blogspot.com

INTRODUCCIÓN

Por ahí del año 62 D.C. el Apóstol Pablo escribe, desde Roma, la Epístola a los Colosenses. Dicha Epístola contiene una exhaustiva exposición basada en “la gloria de Jesucristo”. El objeto de la Epístola consiste en refutar las enseñanzas de ciertos falsos maestros quienes enseñaban que para obtener un alto grado de santificación había de penetrar en los misterios profundos de Dios, y entregarse a especulaciones metafísicas en cuanto a los ángeles y a los espíritus. Todo esto hacía que la fe de los colosenses se tambaleara en lo relacionado con la supremacía de Jesucristo como cabeza de la iglesia. Pablo exhorta con el propósito de que Jesucristo recobre la corona como Señor de todo, la cual había perdido en el seno de esa congregación: “Porque en él habita corporalmente toda la plenitud de la Deidad. Y vosotros estáis completos en él, que es la cabeza de todo principado y potestad” (Colosenses 2:9,10). Jesucristo es todo y en todos.

Colosas era una ciudad de Frigia. Ahí Epafras, un discípulo de Pablo, posiblemente fue el fundador de esta iglesia que estaba formada en su mayoría por gentiles (Colosenses 2:13). Todo parece, dada la situación geográfica, que los problemas doctrinales que ahí se entrañaban eran el resultado de una mezcla de ideas semi-judaicas con semi-orientales. (Colosenses 2:16-23).

Creemos que el mayor provecho que se puede sacar de la Epístola es estudiándola a partir de su tema que es Jesucristo. Por tal razón esa será nuestra conducta en este estudio.

Apóstol de Jesucristo por la voluntad de Dios (1:1)

En el antiguo Testamento el Padre daba a conocer su voluntad por medio de los patriarcas, tales como Noé, Abraham, Isaac y Jacob; y por sus sacerdotes y profetas. En el Nuevo Testamento es Jesucristo “en quien están escondidos todos los tesoros de la sabiduría y el conocimiento” (Colosenses 2:3). Y él da a conocer esta sabiduría y este conocimiento a través de los apóstoles, de los cuales Pablo es uno. Así el Antiguo Testamento es el ministerio del Padre; el Nuevo Testamento, el del Hijo, pues “El Padre ama al Hijo, y todas las cosas ha entregado en su mano” (Juan 3:35). Por esta razón “El que cree en el Hijo, tiene vida eterna; pero el que rehúsa creer en el Hijo no verá la vida, sino que la ira de Dios está sobre él” (Juan 3:36). “Dios, habiendo hablado muchas veces y de muchas maneras en otro tiempo a los padres por los profetas, en estos postreros días nos ha hablado por el Hijo, a quien constituyó heredero de todo, y por quien asimismo hizo el universo”. (Hechos 1:1-2). Tenemos así que el oficio de apóstol es más alto rango en el ministerio del Nuevo Testamento. Ellos fueron dotados de muchos dones que se mencionan en (1 corintios 12:8-12); y fue mediante el don de ciencia que lograron penetrar hasta los misterios más profundos de Dios para revelarnos toda la verdad espiritual estampada en las páginas del Nuevo Testamento; de modo que fuera de lo escrito por los apóstoles nada puede considerarse como la verdad espiritual del cristiano. Es tal el vínculo entre Jesucristo y los apóstoles y la dignidad de éste que ellos “lo adoraron” (Mateo 28:17-18). Este ministerio perdurará hasta “el fin, cuando entregue el reino al Dios y Padre, cuando haya suprimido todo dominio, toda autoridad y potencia. Porque preciso es que el reino hasta que haya puesto a todos sus enemigos debajo de sus pies” (1 Corintios 15.24-25). De ahí que Pablo se considera siervo y apóstol de Jesucristo.

Vuestra fe en Cristo Jesús (1:4)

La fe ha de basarse en Jesucristo, así como en el Antiguo Testamento estaba basada en el Padre. La fe aquí tiene que ver con la actitud que se ha entrañado en el cristiano para aceptar todo lo enseñado por Jesucristo y los apóstoles. De manera que se estima que una persona tiene fe cuando su conducta espiritual y moral surge de lo relevado en el Nuevo Testamento. De ahí que la fe es exclusiva del cristiano y sólo pertenece a quien acepta lo relevado y obedece. Santiago nos dice “también los demonios creen, y tiemblan” (Santiago 2:19), pero no se podría aceptar que los demonios tienen fe, por cuanto ellos no obedecen la voluntad de Dios. Quizá la elocución que mejor explica la fe sea la que hiciera Jesús: “Cualquiera, pues, que me oye estas palabras, y las hace...”. Supongamos que alguien acepta la declaración de Marcos: “El que creyere y fuere bautizado será salvo”, pero rehúsa ser bautizado, entonces ese alguien no tendría fe, por cuanto no presta obediencia a lo ordenado por Jesucristo. Es cierto que la “justificación por la fe”, pero, a la vez, sólo la obediencia es la que la justifica la fe. Es claro en las

Escrituras que Abraham tuvo fe, pero eso no se puede decir sólo por cuanto Abraham obedeció.

Un fiel ministro de Cristo (1:7)

Epafras no era apóstol pero sí ministro de Jesucristo. Un ministro no tiene que ser necesariamente pastor, lo cual es el oficio de los ancianos u obispos. Jesucristo ha empleado diversos oficiales para revelar su voluntad y edificar su cuerpo espiritual que es la iglesia o reino. Estos son los oficios: “De manera que, teniendo diferentes dones, según la gracia que no es dada, si el de profecía, úsese conforme a la medida de la fe: o si de servicio, en la exhortación; el que reparte, con liberalidad; el que preside, con solicitud; el que hace misericordia, con alegría” (Romanos 12:6-8). Y en la Epístola a los Efesios se mencionan propiamente los oficios: “Y él mismo constituyó a unos apóstoles; a otros, profetas; a otros, evangelistas; a otros, pastores y maestros, a fin de perfeccionar a los santos para la obra del ministerio, para la edificación del cuerpo de Cristo” (Efesios 4:11-12). En una congregación, Jesucristo, podrá tener un solo ministro pero no un solo pastor, pues el oficio de pastores, que es el mismo de los obispos y ancianos en una congregación, siempre está indicando en la Biblia con una pluralidad (Hechos 14:17,20,23 y Santiago 5.14). En la gran comunidad mundial de las iglesias de Cristo esto es algo bien definido. Compárese los siguientes pasajes: Hechos 13:7,17,20; 1Pedro 2:25; 5:4. En nuestros días las iglesias de Cristo cuentan para su ministerio con obispos, diáconos, ministros, maestros y evangelistas. Por lo general las iglesias en un primer momento se organizan con un ministro (como lo fue Epafras); y luego que la congregación ha madurado lo suficiente se nombran del seno de la congregación obispos o ancianos que son los mismos pastores. Mientras una congregación no tenga obispos, la autoridad total descansa en la congregación misma. Pero una vez nombrados los obispos, estos son los que tienen toda la autoridad. El siguiente esquema nos ayudará a comprender mejor los oficiales que Jesucristo emplea en nuestros días:

| |
|-----------------------------|
| JESUCRISTO |
| ANCIANOS O PASTORES OBISPOS |
| DIÁCONOS |
| MINISTROS |
| MAESTROS |
| EVANGELISTAS |
| FELIGRESÍA |

Redención por su sangre, el perdón de pecados (1:13-17).

Esta parte se inicia con el reino de Jesucristo, donde moran todos los redimidos por su sangre. Contrario al reino de Satanás existe el reino de Cristo, constituido por todos aquellos que han emblanquecido sus almas en la sangre de Jesucristo. Aquí Pablo conviene con Pedro y Juan en que no hay sustituto para la sangre de Jesucristo en la redención del género humano: “Sabiedo que fuisteis rescatados de vuestra vana manera de vivir, la cual recibisteis de vuestros padres, no con cosas corruptibles, como oro o plata, sino con la sangre preciosa de Cristo, como de un cordero sin mancha y sin contaminación” (1 Pedro 1:18-19). Juan destaca: “la sangre de Jesucristo su Hijo nos limpia de todo pecado” (1 Juan 1:7). Por eso nos conviene la declaración de Pablo: “en quien tenemos redención por su sangre, el perdón de pecados” (Colosenses 1:14). Los tres apóstoles apuntan a la misma virtud salvadora, pues es a través de la sangre de Jesucristo que el creyente ha podido salir del obscuro reino de Satanás para integrarse al luminoso reino de Jesucristo.

En el antiguo Israel un esclavo vendido por deuda podía ser redimido (rescatado) por uno de sus hermanos (Levítico 25:47-48). Igual ocurre con Jesucristo, quien asumió nuestra naturaleza -El verbo fue hecho carne (Juan 1:14)- para constituirse en nuestro hermano y redentor. Esta idea también encuentra asidero en el canto de redención de los Apocalipsis: “y cantaban de nuevo cántico diciendo: digno eres de tomar el libro y de abrir sus sellos; porque tú fuiste inmolido, y con tu sangre nos ha redimido para Dios, de todo linaje, y lengua, y pueblo y nación” (Apocalipsis 5:9). Por tal razón, Jesucristo, ya en su ministerio público declaró “el Hijo del Hombre no vino para ser servido, sino para servir, y para dar su vida en rescate por muchos” (Mateo 20:28). Y Pablo le escribe a Timoteo: “Porque hay un solo Dios, y un solo mediador entre Dios y los hombres, Jesucristo hombre, el cual se dio asimismo en rescate por todos” (1 Timoteo 2:5-6). Y la autoridad de Tito también debía estar respaldada por la redención de Jesucristo, “quien se dio asimismo por nosotros para redimirnos de toda iniquidad y purificar para sí un pueblo propio, celoso de buena obras” (Tito 2:14). Todas estas connotaciones novotestamentarias encuentran paralelo con el capítulo 53 de Isaías, pasaje empleado por Felipe para convencer al Eunuco de que Jesús era el Cristo (Hechos 8:26-40).

El creyente toma posesión de la redención en Jesucristo por medio del bautismo en agua (Juan 3:3-5; Marcos 16:16; Hechos 22:16; 2:38; Romanos 6:4-6; Gálatas 3:27; 1 Pedro 3:21). Es en el bautismo en agua donde el creyente viene a ser limpio y libre de todo pecado. Así lo creía Bernabé en el siglo primero: “Esto dice para que bajemos al agua lamentando nuestros pecados y suciedad y subamos en ella llevando fruto en nuestro corazón, con el temor y la esperanza de Jesús en nuestro espíritu (Pág. 81, tomo 1, Seeberg Reinhold, MANUAL DE HISTORIA DE LAS DOCTRINAS). Por esta razón, el bautismo era parte importante en el kerigma apostólico.

Atendiendo la Cristología de Pablo a los colosenses entendemos que el Redentor es divino por naturaleza, pues “El es la imagen del Dios invisible, el primogénito de toda creación” (Colosenses 1:15). El primer Adán trajo la imagen de Dios (Génesis 1:27); el segundo Adán, Jesucristo, era la imagen misma del Dios invisible; en una palabra, Cristo no era como Adán que reflejaba sólo en parte a Dios, sino que era plena manifestación de Dios (1 Timoteo 3:16; Juan 1:18; 14:9; 2 Corintios 4:4; Hechos 1:3). El Redentor, Jesucristo, ya era antes de toda cosa creada, pues “todas las cosas por él fueron hechas, y sin él nada de lo que ha sido hecho, fue hecho” (Juan 1:3). Por tal razón “él es el primogénito de toda creación” (Colosenses 1:15). Esto nos conduce a la verdad de que Jesucristo fue engendrado por el Padre antes de la formación de todos los mundos; y en ningún caso se debe entender, como el arrianismo, que Jesucristo fue creado. Los significantes “primogénito de toda creación” sólo encuentran significado si se interpretan en el sentido de la prioridad. El contexto nos aclara que “él es antes de todas las cosas, y todas las cosas en él subsisten (Colosenses 1:17). Esta prioridad de Jesucristo queda bien expresada en estas palabras: “Porque en él fueron creadas todas las cosas, las que hay en los cielos y las que hay en la tierra, visibles e invisibles; sean tronos, sean dominios, sean principados, sean potestades; todo fue creado por medio de él y para él (Colosenses 1:16). Sin Jesucristo no existe el acto de crear.

Lo que falta de las aflicciones de Cristo (1:24)

Esto no quiere significar que Jesucristo no haya completado toda su obra redentora, pues toda la obra que el padre le encargó fue cumplida a cabalidad: (Juan 19:30; Hechos 10:10-12). Esto tiene que ver sólo con los sufrimientos de su cuerpo espiritual, que es la iglesia. Y la iglesia sufre a través de lo que padecen sus miembros.

Plenitud y reconciliación (1:19-20)

Los gnósticos concebían la plenitud como conjunto de emanaciones o poderes angélicos que provienen de Dios. Pero Pablo advierte que la plenitud mora sólo en Jesucristo. Esto significa que Jesús recoge en su persona todos los atributos divinos; razón por la cual es el único Señor de la iglesia, y a la vez soberano del universo. Todo esto le permite a Jesucristo ser el reconciliador de todas las cosas: lo que está en la tierra como lo que está en los cielos. Esta reconciliación se hacía necesaria por cuanto el estado pecaminoso del hombre en la tierra no le permitía unirse a los seres celestiales, cuyo distintivo es la santidad y la congregación. “Y a vosotros –los gentiles- también, que erais en otro tiempo extraños y enemigos en vuestra mente, haciendo malas obras, ahora os ha reconciliado en su cuerpo de carne” (Colosenses 1:21). Al morir Jesucristo, el velo del templo que separaba el lugar santísimo se rasgó de arriba abajo (Mateo 27:51). De esta manera, el cristiano encontró acceso permanente a Dios. Según el escritor a los Hebreos este velo prefiguraba el cuerpo de Jesucristo, el cual fue roto con el fin de reconciliarnos con Dios: “Por el camino nuevo y vivo que él nos abrió a través del velo, esto es, de su

carne” (Hechos 10:20). De ahí que Pablo pudo decir: “Ahora os ha reconciliado en su cuerpo de carne” (Colosenses 1:21-22).

Es Cristo en vosotros la esperanza de gloria (1:27)

La gloria de Dios se ha relevado en todas las obras de la creación (Salmo 19:1; Isaías 6:3; Ezequiel 28:22; Romanos 1:19, 20, 23). Pero la mayor gloria de Dios es su plena manifestación en Jesucristo y su redención (Juan 1:14; 2:11; 2 Corintios 4:6; Hechos 1:3). Aquí parece que la gloria de Jesucristo significa el estado celestial de Jesucristo y de los creyentes. En Jesucristo, el cristiano refleja, a través de su santidad y consagración, la gloria de Dios. Así como el Monte de Sinaí era cubierto con la gloria de Dios (Éxodo 24:16) así el cristiano. El propósito, en la vida total del cristiano, es el de vivir para la gloria de Dios (1 Corintios 6:20; 1 Pedro 2:9).

El misterio de Dios el Padre y de Cristo (2:2)

Esta evolución se refiere a la redención del mundo judío y gentil, oculto a todas las generaciones pero revelado en nuestros días por medio de los apóstoles y profetas y comunicado a todos sus santos a través de ellos: “que por revelación me fue declarado el misterio, como antes lo he escrito brevemente, leyendo lo cual podéis entender cual sea mi conocimiento en el misterio de Cristo, misterio que en otras generaciones no se dio a conocer a los hijos de los hombres, como ahora es revelado a sus santos apóstoles y profetas por el Espíritu: que los gentiles son coherederos y miembros del mismo cuerpo, y coparticipes de la promesa de Cristo Jesús por medio del evangelio” (Efesios 3:3-6). Así Pablo hace ver que podrá haber bendición más grande para los gentiles que las riquezas de la gracia encontradas en Jesucristo. Esta misma afirmación, el Apóstol, la duplica con escrito en Colosenses: “el misterio que había estado oculto desde los siglos y edades, pero que ahora ha sido manifestado a sus santos, a quienes Dios quiso dar a conocer las riquezas de la gloria de este misterio entre los gentiles; que es Cristo en vosotros, la esperanza de gloria” (Colosenses 1:26-27). Y a los Romanos les escribe: “Y al que puede confirmaros según mi evangelio y la predicación de Jesucristo, según la revelación del misterio que se ha manifestado oculto desde tiempos eternos” (Romanos 16:25). Entre los paganos, sólo ciertos iniciados podían profundizar y conocer sus misterios, pero en Jesucristo y sus santos no ocurre lo mismo, pues en él está revelado, para todos los cristianos, el conocimiento pleno. A Timoteo, Pablo le habla sobre el misterio de la piedad en estos términos:

“E indiscutiblemente, grande es el ministerio de la piedad:
Dios fue manifestado en carne,
Justificado en el Espíritu,
Visto de los ángeles,
Predicado a los gentiles,

Creído en el mundo,
Recibido arriba en la gloria”

(1 Timoteo 3:16)

En Cristo están escondidos todos los tesoros de la sabiduría y del conocimiento (2:3)

Los tesoros de la sabiduría y del conocimiento están en Cristo y no en los ángeles y en los espíritus, como querían hacer creer, a los colosenses, los falsos maestros: “Y esto lo digo para que nadie os engañe con palabras persuasivas” (Colosenses 2:4). Tales conocimientos debían ser explorados cual mina inagotable en tesoros, pues en Cristo hay que escudriñar “hasta alcanzar todas las riquezas del pleno entendimiento” (Colosenses 2:2). Mientras no haya un esfuerzo por sacar todos los tesoros escondidos en Cristo, dichos tesoros permanecerán escondidos.

De la manera que habéis recibido al Señor Jesucristo, andad en él (2:6)

Esto se refiere a la enseñanza que los colosenses habían recibido, de Epafras, tocante a Jesucristo, lo cual contrastaba notablemente con lo enseñado en esa iglesia por los falsos maestros. Ya Jesús había declarado: “El que me ama, mi palabra guardará; y mi Padre le amará; y vendremos a él, y haremos morada con él” (Juan 14:23). Por tanto, vosotros debéis estar “arraigados y sobreedificados en él, y confirmados en la fe, así como habéis sido enseñados” (Colosenses 2:7).

Según Cristo (2:8)

Pablo exhorta a los colosenses para que sigan una conducta doctrinal “según Cristo” y no según lo enseñado por los falsos maestros que habían introducido en la congregación de Colosas: “Mirad que nadie os engañe por medio de filosofías y huecas sutilezas, según las tradiciones de los hombres, conforme a los rudimentos del mundo, y no según Cristo” (Colosenses 2:8). Estas “tradiciones de los hombres” estaban encaminadas a negar “la plenitud de la Deidad” en Cristo. Ya antes, Jesús había condenado las tradiciones difundidas en teoría y práctica por los falsos rabinos: “Porque dejando el mandamiento de Dios, os aferráis a la tradición de los hombres: los lavamientos de los jarros y los vasos de beber; y hacéis otras muchas cosas semejantes” (Marcos 7:8). La verdadera religión cristiana proclama el absoluto apego a Jesucristo y no lo carnal y mundano que predicán y viven los seudopredicadores. Aunque los colosenses reconocían a Jesucristo lo negaban con su práctica doctrinal. “La Frigia (en donde estaba Colosas) tenía una propensión hacia lo místico y mágico, lo cual apareció en su culto a Cibele y en el montanismo posterior”. El verdadero evangelio predica a Jesucristo como lo hacía Felipe en Samaria (Hechos 8:5) y Pablo en Corinto (1 Corintios 2:2) y no según los rudimentos del mundo ordenanzas legales y misterio de relacionados con ángeles y espíritus. Porque es en Jesucristo donde “habita toda la plenitud de la Deidad, y vosotros estáis completos en él” (Colosenses 2:9-10). En una palabra, Cristo no es la

semejanza de la Divinidad, por sus atributos, sino Dios mismo que se manifestó en la carne (Juan 1:14, 18), razón por la cual los cristianos participan de la naturaleza divina (Juan 1:16; Efesios 3:19; 2 Pedro 1:4) y nada les falta.

En Jesucristo habita corporalmente toda la plenitud de la Deidad (2:9)

Jesucristo es Dios. En esto, Pablo, concuerda con Juan: "...el Verbo era Dios" (Juan 1:1). Vea Juan 14:9-10: "El que me ha visto a mí, ha visto al Padre". Cristo es Dios no porque en él tan sólo habitan las perfecciones y atributos del Padre, sino por su naturaleza y esencia, "El Verbo fue hecho carne y habitó entre nosotros" (Juan 1:18), declara Juan. El verbo o palabra es lo que le da la mayor identidad al individuo; así ocurre en Dios el Padre, sólo por el Verbo ha dicho y hecho: "el unigénito Hijo, que está en el seno del Padre, él le ha dado a conocer" (Juan 1:18). No tendría sentido afirmar que hubo algún tiempo en la identidad cuando el Hijo no existió, pues Dios es el eterno y su eternidad jamás ha sido transmutada. Creer que Jesucristo fue creado como cualquiera de los ángeles sería afirmar que hubo un tiempo en la eternidad cuando el Padre fue incompleto o sin plenitud. A Jesucristo nadie le dio la vida (como sí ocurrió con el hombre y los ángeles), pues él mismo es la vida (Juan 14:6; Hechos 3:15). "En él estaba la vida" (Juan 1:4). Y esto era así antes y después de venir al mundo. "En el mundo estaba, y el mundo por él fue hecho" (Juan 1:10). Pablo advierte a los colosenses, dado que en Jesucristo habita corporalmente toda la plenitud de la Deidad, que en Jesucristo existe todo lo que completa la vida espiritual del creyente; de ahí que el culto a los ángeles y a los espíritus no es propio de la vida cristiana. Es de su plenitud que tomamos todos (Juan 1:16) para participar nosotros también de la naturaleza divina (Efesios 3:19; 2 Pedro 1:4).

La circuncisión de Cristo (2:11)

Todo hijo de Israel era incorporado al pueblo de Dios por medio de la circuncisión "hecha de manos". Esta circuncisión judía consistía en quitar el prepucio. Así vemos que Josué tuvo que circuncidar a los Israelitas antes de entrar en posesión de la tierra de Canaán (Josué 5:2-9). Como Josué, así Jesucristo "vino a ser siervo de la circuncisión para mostrar la verdad de Dios, para confirmar las promesas hechas a los padres, y para que los gentiles glorifiquen a Dios por su misericordia" (Romanos 15:8-9). Así como le era quitado el prepucio a todo varón Israelita, en la circuncisión de Jesucristo, el cuerpo del pecado le es quitado, espiritualmente, al creyente.

Es por la unión con Cristo que el creyente entra en posesión de las riquezas de la gracia. Así como los Israelitas, que comandaba Josué, entraron a tomar posesión de la rica tierra de Canaán, en la circuncisión de Cristo, que es la verdadera circuncisión (Romanos 2:29), el creyente en Cristo hace el ingreso a la iglesia, donde es bendecido con toda clase de beneficios espirituales, tales como la regeneración –Tito 3:5-, la justificación –

Romanos 5:1-, la santificación y la redención -1 Corintios 1:30-. Así el bautismo (Colosenses 2:12) se convierte en la puerta de entrada en Jesucristo, como puerta de entrada al pueblo de Dios fue la circuncisión entre los judíos: “Sepultados con él en el bautismo, en el cual fuisteis también resucitados con él” (Colosenses 2:12). Es claro que el bautismo aquí Pablo lo considera como la sepultura del cuerpo del pecado y la resurrección espiritual del creyente. Pablo instruye, así, a los colosenses que habían sido confundidos por los falsos maestros judaizantes de la circuncisión. Les dice que es en Cristo donde está la verdadera circuncisión, que la única circuncisión valedera es aquella que se ha operado en el espíritu y no en la carne; y que si ya estamos unidos a Dios, por medio de Jesucristo, no hace falta la circuncisión hecha con manos: “Porque nosotros somos la circuncisión, los que en espíritu servimos a Dios y nos gloriamos en Cristo Jesús, no teniendo confianza en la carne” (Filemón 3:3).

Os dio vida juntamente con él, perdonándoos todos los pecados (2:13)

El pecado mantiene al hombre en un estado de derrota y de separación de Dios (Isaías 59:2). La Biblia define el pecado como “infracción de la ley” (1 Juan 3:2), y afirma que “todos han pecado” (Romanos 3:23). De ahí la gran necesidad que el pecador tiene de encontrar el perdón de Dios. Pero este perdón sólo es logrado mediante Jesucristo, quien “fue molido por nuestros pecados... Aunque nunca hizo maldad, ni hubo engaño en su boca” (Isaías 53:5, 9). Por esta razón Jesucristo sufrió la muerte, pues al llevar él nuestros pecados de la justicia de Dios lo hizo víctima de la muerte (Isaías 53:12). Pero él, mediante su resurrección, fue librado del pecado. También el cristiano, mediante su resurrección espiritual, ha sido librado del pecado, y ha pasado de muerte a vida (Juan 5:24), pues “la dádiva de Dios es vida eterna en Cristo Jesús Señor nuestro” (Romanos 6:23). Por esto el Apóstol Pablo exhorta a los colosenses quienes se encontraban algo inclinados al culto de los ángeles y de los espíritus, a la vez que eran influidos por ciertas ideas judaizantes. Les aclara que Jesús es la única y completa respuesta para el problema espiritual del Hombre. En esta parte, Pablo concuerda con Pedro, en que Jesucristo es “el autor de la vida” (Hechos 3:15) y que hay que bautizarse en Cristo “para el perdón de pecados” (Hechos 2:38).

Jesucristo anuló el acta de los decretos que había contra nosotros (2:14)

Jesucristo hizo esto “quitándola de en medio y clavándola en la cruz”. Se refiere a la ley dada por Moisés a Israel. Esta ley, de no haber sido clavada por Jesucristo en la cruz, todavía sería el obstáculo para la salvación de los gentiles. Pero Jesucristo se dejó clavar en la cruz con el fin de que dicha ley también fuera clavada. Jesucristo, se dejó clavar lo cual era necesario para que él, a la vez, pudiera clavar la ley. “Un modo antiguo de cancelar las cédulas o pagarés era el de meter un clavo a través de la escritura; parece que esta costumbre existía en Asia en aquel entonces”. Jesucristo fue hecho maldición por la ley con el fin de librarnos a nosotros de la maldición de la ley (Gálatas 3.13)

Jesucristo triunfó en la cruz sobre los principados y potestades y los exhibió públicamente (2:15)

La ley había sido dada por medio de ángeles (Hechos 7:53; Gálatas 3:19; Hechos 2:2, 5). En cambio el evangelio fue suministrado el hombre directamente por Dios a través de Jesucristo. La ley fue ministerio activísimo de los ángeles; no así el evangelio; en el evangelio Dios se despojó de ellos, y empleó sólo a Jesucristo para traer el sublime mensaje (Juan 3:35). Por esto, Pablo, prueba a los colosenses que Dios ha puesto fin, gracias al triunfo de Jesucristo, tanto al ministerio de los ángeles, como la ley misma. Por lo tanto exhorta a los colosenses, aduciendo que el culto a los ángeles y a los espíritus, como también la observancia de la ley misma resultan en vano: “Por tanto, nadie os juzgue en comida o bebida, o en cuanto a días de fiesta, luna nueva o días de reposo, todo lo cual es sombra de lo que ha de venir; pero el cuerpo es de Cristo. Nadie os prive de vuestro premio, afectando humildad y culto a los ángeles, entremetiéndose en lo que no ha visto, vanamente hinchado por su propia mente carnal, no asiéndose de la cabeza, en virtud de quien todo el cuerpo, nutriéndose y uniéndose por las coyunturas y ligamentos, crece con el conocimiento que da Dios (Colosenses 2:16-19).

Si habéis muerto con Cristo (2:20)

La muerte significa separación. Así Jesucristo y todo cristiano que ha muerto con él están separados de las ordenanzas carnales, externas, mundanas y legalistas del judaísmo. Las únicas ordenanzas a las cuales debe sujetarse el cristiano son aquellas que revela el evangelio; y el evangelio es celestial y no humano y carnal. Por tal motivo le cristiano, haciendo caso omiso a las doctrinas de los hombres (supersticiones y legalismo), vive sólo según Dios. Así como Jesucristo, por su muerte en la cruz, ahora tiene una vida celestial, también el cristiano, muerto ya con Cristo, vive una vida celestial al seguir y obedecer sólo lo que el evangelio lo ordena.

“Pues si habéis muerto con Cristo en cuanto a los rudimentos del mundo, ¿por qué, como si vivieseis en el mundo, os sometéis a proyectos tales como: No manejes, ni gustes, ni aun toques (en conformidad a mandamientos y doctrinas de hombres), cosas que todas se destruyen con el uso? Tales cosas tienen a la verdad cierta reputación de sabiduría en culto voluntario, en humildad y en duro trato del cuerpo; pero no tienen valor alguno contra los apetitos de la carne”.

(Colosenses 2:20-23).

Sólo el evangelio de Jesucristo revela el culto verdadero, en oposición al culto voluntario (el ideado por la voluntad de los hombres). El culto del evangelio es para salvación; el voluntario, para condenación. El culto voluntario es odioso a Dios, así Nadab y Abiú fueron heridos de muerte; ellos quemaron incienso extraño (Levítico 10:1-3): después Uzías fue muerto por Dios, cuando quiso usurpar el puesto de sacerdote (2 Corintios

26:16-21); también Saúl fue condenado a perder su trono ya que él se apartó del verdadero culto de Jehová (1 Samuel 13:8-14). Si el evangelio revela la conversión, también lo hace respecto a la verdadera adoración. Hacer a un lado la voluntad de Dios para poner en su lugar la voluntad del Hombre es exponerse a la condenación. El verdadero culto que Jesucristo nos ha revelado en su palabra no permite que vayamos ni más allá ni más acá de lo que está escrito. Los colosenses, en aquellos días, como muchos creyentes hoy, debían hacer la distinción con el fin de vivir y adorar según la voluntad de Dios y no según las ordenanzas de hombre.

Resucitados en Cristo (3:1)

En esta parte caemos en el cristianismo práctico: todo lo que ha sido hecho por Jesucristo en nosotros también debe estar en nosotros. Ya, en Jesucristo, hemos muerto al pecado y tenemos una vida resucitada; por tal razón, en nosotros, no debe de quedar ni el menor vestigio de carnalidad. Así como en la resurrección general “lo corruptible será revestido de incorrupción” (1 Corintios 15:53) también ahora, en la resurrección espiritual, el cambio ha sido “de lo terrenal a lo celestial”.

“Si, pues, habéis resucitado con Cristo, buscad las cosas de arriba, donde está Cristo sentado a la diestra de Dios. Poned la mira en las cosas de arriba, no en las de la tierra. Porque habéis muerto, y vuestra vida está escondida con Cristo en Dios. Cuando Cristo, vuestra vida, se manifieste, entonces vosotros también seréis manifestados con él en gloria” (Colosenses 3:1-4)

El creyente ha muerto y resucitado con Cristo en su conversión –la cual queda sellada en el bautismo- (Romanos 6:4; Colosenses 2:12). Y en tal caso “si fuimos plantados juntamente con él en el bautismo” debemos buscar las cosas de arriba (las celestiales) y no las carnales. Las cosas carnales le pertenecen al hombre terrenal, no regenerado; las espirituales, al hombre celestial, regenerado. Y como el hombre no regenerado no puede vivir sin la práctica y el deleite de lo terrenal, tampoco el cristiano puede vivir sin practicar y deleitarse de lo celestial. Quien ya ha muerto con Jesucristo, en el Bautismo, en su vida práctica también hará morir las cosas que sólo le pertenecen al “Viejo Hombre”: “Haced morir, pues, lo terrenal en vosotros: Fornicación, impureza, pasiones desordenadas, malos deseos y avaricia que es la idolatría; cosas por las cuales la ira de Dios viene sobre los hijos de desobediencia, en las cuales vosotros también anduvisteis en otro tiempo cuando vivas en ellas” (Colosenses 3:5-7).

Pablo exhorta a los colosenses a “revestirse del nuevo hombre” (Colosenses 3:10), lo cual es lo mismo que “Vestíos, pues, como escogidos de Dios” (Colosenses 3:12). El viejo hombre ostenta la impureza; el nuevo hombre, la santidad. No hay paz para el impío; en cambio en el cristiano “la paz de Dios gobierna en sus corazones” (Colosenses 3:15).

Ahora la vida celestial del creyente (Filemón 3:20) es un “estado de felicidad”; en la resurrección, “un estado y un sitio” de felicidad. Si ahora el creyente encuentra gran deleite en vivir ese “estado” ¡cómo será en el provenir encontrar ese sitio! (Romanos 8:12; 2 Corintios 5:1-2).

Cristo es el todo, y en todos (3:11)

Jesucristo es igual para todos los que le invocan. Él recoge en sí todas las distinciones. Él ha justificado y santificado a todos, ya sean éstos judíos o gentiles (1 Corintios 1:30: 3:21-23). En el Antiguo Testamento ocurría la distinción entre judíos y gentiles; no ahora, pues “no hay diferencia entre judío y griego, pues el mismo que es Señor de todos, es rico para con todos los que le invocan; porque todo aquel que invocare el nombre del Señor será salvo” (Romanos 10:12-13).

De la manera que Cristo os perdonó, así también hacedlo vosotros (3:13)

El perdón aquí tiene que ver con las desavenencias que ocurren en la *koinonía* de los cristianos. Ya Jesús había instruido a Pedro sobre la manera de perdonar las ofensas del hermano (Mateo 18:15-22). Ahora Pablo refiere a los colosenses que el perdón, en la iglesia, debe hacerse en la forma y espíritu con que Jesucristo nos ha perdonado todos los pecados: “soportándoos unos a otros, y perdonándoos unos a otros si alguno tuviere queja contra otro. De la manera que Cristo os perdonó, así también hacedlo vosotros” (Colosenses 3:13).

La palabra de Cristo (3:16)

La palabra de Jesucristo es el mismo evangelio; y esta palabra trae la alegría de la libertad y redención; y esta alegría el cristiano debe expresarla, entre otras maneras, con cantos espirituales: “La palabra de Cristo more en abundancia en vosotros, enseñándoos y exhortándoos unos a otros en la sabiduría, cantando con gracia en vuestros corazones al Señor con salmos e himnos y cánticos espirituales “ Colosenses 3:16).

Hacedlo todo en el nombre del Señor Jesús (3:17)

Las oraciones y las acciones de gracias sólo deben hacerse en el nombre del Señor Jesucristo. Sólo hay un mediador entre Dios y los hombres (1 Timoteo 2:5); nadie puede ir al Padre sino a través de Jesucristo (Juan 14:6). Por esta razón Dios oirá sólo a aquellos que creen en el nombre de su Hijo, pues sólo él es nuestro intercesor (Hechos 7:25; 1 Juan 2:1).

“Y todo lo que hacéis, sea de palabra o hecho, hacedlo todo en el nombre del Señor Jesús, dando gracias a Dios Padre por medio de él” (Colosenses 3:17).

En la iglesia de Colosas los judaizantes invocan a los ángeles. Posiblemente esta idea

surgiera a causa de que la ley fue dada por medio de los ángeles. Esto dio origen a que el Concilio de Laodicea (año 360 después de J.C.) condenara la invocación de los ángeles. “Aun tan tarde como durante el tiempo de Teodoreto una leyenda de que Miguel Arcángel. Los griegos modernos tienen una leyenda de que Miguel abrió una grieta para absorber el agua de una inundación que amenazaba a los cristianos colosenses”. Razón hay para que Pablo exhorte a los cristianos colosenses a orar e invocar sólo al Padre, en el nombre del Señor Jesús. Todo culto cristiano debe hacerse al único Dios, a través de Jesucristo, y no a las entidades angelicales.

A Cristo el Señor servís (3:24)

El cristiano es siervo de Dios y no de los hombres (Versículo 23). “Porque el que en el Señor fue llamado siendo esclavo, liberto es del Señor; asimismo el que fue llamado siendo libre, esclavo es de Cristo. Por precio fuisteis comprados; no os hagáis esclavos de los hombres” (1 Corintios 7:22, 23). Pero esto no niega el servicio que el cristiano debe prestarle al prójimo, siendo que tales servicios se hacen “en el nombre del Señor”, pues nadie puede servir al prójimo sin servir a su amo, dejando las injurias sin servir a Dios. El esclavo (de acuerdo con aquella época) debía servir a su amo, dejando las injurias sufridas para el día del juicio, en el cual, Jesucristo, no favorecerá más al amo que al esclavo.